
Apéndice

Homilía en el comienzo del año lectivo en la Facultad de Teología de la UCA

(Villa Devoto, 12-03-2020)

Con gran alegría vengo hoy entre Uds. para presidir la Eucaristía en el comienzo del Año Académico de esta querida Facultad. Muchos años después de transitar sus aulas, el Señor me regala el honor de celebrar la entrega de su Hijo por amor a los hombres.

La parábola del Evangelio concentra nuestra mirada sobre dos personajes en una tensión dolorosa y apremiante: Lázaro, agobiado por la pobreza y el hambre, lejos de acceder al alimento esencial y de encontrar compasión en un hombre rico entregado al lujo desmedido y a la vana saciedad. En éste se retrata un uso egoísta de los bienes, y la absoluta indiferencia para quien está a su puerta, hambriento, necesitado.

No nos resulta difícil imaginar esta escena reproducida al infinito en nuestras ciudades, en esta aldea global que hoy es el mundo. Millones de marginados, de descartados, yacen a la espera de una respuesta compasiva y generosa de aquellas minorías con riquezas concentradas y descomunales.

La muerte como experiencia común a todos los hombres, sorprende a nuestros dos personajes. Y en una nueva vida, ambos ven trastocada la calidad de su existencia. Mientras Lázaro es transportado directamente al seno de Abrahán, el rico fue sepultado y destinado al país de los muertos, a los tormentos. La referencia a Abrahán

no es casual. Recordamos su testimonio bíblico de hospitalidad con aquellos viajeros, portadores de una bendición para el patriarca. Leemos en San Juan Crisóstomo (PG 48, 988-989), un hermoso comentario al respecto.

«A propósito de esta parábola, conviene preguntarnos por qué el rico ve a Lázaro en el seno de Abrahán y no en compañía de otro justo. Es porque Abrahán había sido hospitalario. Aparece pues, al lado de Lázaro para acusar al rico epulón de haber despreciado la hospitalidad. En efecto, el patriarca incluso invitó a unos simples peregrinos y los hizo entrar en su tienda (Gn 18,1s). El rico, en cambio, no mostraba más que desprecio hacia aquel que estaba en su puerta. Tenía medios, con todo el dinero que poseía, para dar seguridad al pobre. Pero él continuaba, día tras día, ignorando al pobre y privándole de su ayuda que tanto necesitaba.»

El relato nos muestra a la justicia divina venciendo la iniquidad humana. Es el mismo Abraham que recibe al pobre Lázaro. Ahora lo inapelable y definitivo, lo dramático, se le impone al rico como consecuencia de su obrar egoísta e inhumano. El abismo nos habla de ello. Ya es tarde para cambiar la situación.

Si hay una enseñanza que nos deja la parábola, tiene que ver con el amor de Dios que no olvida a los pobres, aunque ello no nos exima de luchar con todas nuestras fuerzas para *«construir un mundo donde todo hombre [...] pueda vivir una vida plenamente humana, [...] donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico»* (Encíclica *Populorum progressio*, n. 47).

El Papa Francisco va más allá y nos dice al respecto (Querida Amazonia, 27): *«El diálogo no solamente debe privilegiar la opción preferencial por la defensa de los pobres, marginados y excluidos, sino que los respeta como protagonistas. Se trata de reconocer al otro y de valorarlo “como otro”, con su sensibilidad, sus opciones más íntimas, su manera de vivir y trabajar.»*

A ello nos alientan las Escrituras dadas para nuestra escucha atenta. Allí radica la importancia de seguir la voluntad del Señor manifestada no sólo en Moisés y los Profetas. Los cristianos tenemos a Jesús, servidor del hombre, que nos ha hablado con toda claridad y nos urge con su entrega fraterna a hacer nosotros lo mismo.

Agradezco al P. Decano la invitación a esta Eucaristía. Como les decía al comienzo, recuerdo con emoción aquellos años en esta Facultad. Imposible olvidar aquellas clases intensas y llenas de luz, del P. Rivas o del P. Maccarone, que nos descansaban de las abstracciones de la Filosofía, anticipándonos la esperada Teología, mientras nos entusiasmaban a dar los primeros pasos en el estudio bíblico y en la teología fundamental. Eran, al mismo tiempo, los años del regreso a la institucionalidad democrática y el P. Gera con sus colaboradores nos animaban a formarnos con rigor y a participar activamente en la vida universitaria, actuando como verdaderos corresponsables de su andar institucional.

Algún tiempo atrás recibíamos en Mendoza a la Sociedad Argentina de Teología y en esa oportunidad les decía estas palabras:

«Anunciar a Jesucristo, destacar la vigencia imprescindible de su propuesta de ‘vida y vida en abundancia’ seguirá siendo la meta de nuestra condición de miembros de la Iglesia, cada uno según nuestras precisas misiones, carismas y dones personales y comunitarios.

Por ello, la misión de los teólogos resulta tan necesaria para discernir los signos de los tiempos, reconocer los nuevos escenarios de la vida humana y ayudarnos a percibir la voz de Dios detrás de tantos gritos de la humanidad de modo que podamos acudir al encuentro de esos hermanos y hermanas, muchos de ellos postergados por la inclemencia de la cultura del descarte.

Antiguos y nuevos desafíos no pueden dejar de reflexionarse a la luz de una Teología sensible y atenta en su servicio a la Iglesia que quiere ser fiel a Dios y al hombre: la pobreza estructural de nuestros países con sus cíclicos despojos a enteras comunidades, la fragilidad de nuestras instituciones políticas para enfrentar a aquélla y asegurar la vigencia de la dignidad de todos los hombres así como la igualdad de oportunidades, el derroche de un armamentismo cada vez más sofisticado, los problemas vinculados a la trata de personas y a las migraciones forzadas de tantas familias y comunidades, el resurgimiento de fundamentalismos políticos y religiosos que tornan invivible la coexistencia humana, las políticas de planificación que atentan contra la vida bajo la apariencia de bienestar posible para unos pocos, el maltrato del ambiente y la necesidad de restablecer la Alianza con la creación. Necesitamos a los teólogos que recen y reflexionen éstos y otros temas que nos resultan vitales e imprescindibles para evangelizar, para cumplir con nuestra misión».

Aquellas palabras mías las renuevo hoy frente a Uds. los alumnos, muchos de los cuales se preparan para ser sacerdotes. Sé

que para alcanzar esa meta deseada hay que formarse con rigor y pasión los próximos años, con una formación encarnada y sensible, abierta a los signos de los tiempos, arraigada en la Palabra de Dios, en comunión con el Magisterio de la Iglesia.

Dios bendiga a esta comunidad educativa, su camino en este nuevo año y a todos los fortalezca en el seguimiento del Señor, según el estilo sinodal, samaritano y misionero que nos propone el Papa Francisco.

+ Marcelo Daniel Colombo, padre obispo de Mendoza.